

# Tribuna

## Euskadi y antivasquismo

José Agustín Goytisolo

«¡E SOS vascos!, ¡qué gente los vascos!, ¿qué quieren los vascos?» Tales frases y otras parecidas las he venido oyendo, desde niño hasta hoy, en diversos lugares, pueblos y ciudades de la península, y también fuera de ella. Sería quizá por mi ascendencia vasca y por conversaciones y explicaciones familiares sobre nuestro origen —mi bisabuelo, enriquecido en Cuba, fue un **Goytisolo Lizarzaburu** de Lekeitio, con casa solar en Arteaga—, sería seguramente por eso, que tales frases me sonaban con tono de halago y me parecía que expresaban una difusa y rara admiración por un pueblo de origen remoto y casi desconocido. Los vascos eran —somos, decían en casa— nobles todos, siempre libres y aventureros, amantes del trabajo bien hecho, por duro que fuese, serios en el trato, sin doblegarse nunca ante la adversidad, jamás humillados. Naturalmente, no paso por alto el hecho repetido de las bromas y chistes que he tenido que aguantar, por contra, referidos a los vascos en general y a mi apellido en particular, y digo aguantar aunque muchas veces no lo haya hecho, con el consiguiente y natural desenlace de intercambio de insultos y puñetazos.

EN diversos países de América Latina he podido constatar repetidamente la privilegiada situación de la colonia vasca o de los nacionalizados de origen vasco, mucho más apreciados y valorados que el resto de los peninsulares o insulares. Mi apellido es, en cualquier país americano —y no por identificarme como perteneciente a una familia de escritores, sino por ser vasco— una buenísima carta de presentación, libre de connotaciones despectivas o bromas parecidas a las que ya me he referido. Esto lo he notado tanto en ambientes populares («el vasco trabaja duro, carajo; buena gente sois, pues, los vascos»), como entre las clases media y alta, en las que los apellidos vascos son símbolo de nobleza, cosa que no les ocurre, por ejemplo, a los apellidos catalanes, asturianos o gallegos, por ricos que sean los que los luzcan.

PUES bien, desde hace unos quince años o más o menos, las frases alusivas a los vascos se han ido cargando de concretísimos y opuestos sentidos. Me explico. En los últimos tiempos de la dictadura del Generalísimo **Franco**, el País Vasco, el pueblo vasco o los vascos —así, en bloque, sin matizar— han significado, por obra y gracia de ETA y sus acciones terroristas o para-militares, algo pa-



recido a *un ejemplo* a seguir o un aliento de esperanza para muchos llamados demócratas del resto del Estado; y *un problema* odioso y criminal, que debía ser y fue reprimido duramente, para la derecha integrista. Esta segunda cara o aspecto global de los vascos, los vascos como problema por su nacionalismo, significaba la eclosión de un rencor cada vez menos contenido, fácilmente entroncable con el antiguo y popularizado desprecio centralista hacia la historia, la cultura, el idioma, los fueros y la identidad del pueblo vasco.

NATURALMENTE, muchos demócratas de catacumba del resto del Estado no participaban de este odio indiscriminado, y algunos capitalizaron y alentaron la lucha del pueblo vasco, esperando que, con el restablecimiento de la legalidad democrática, el **problema** dejaría de existir. Pero ante su ingenuo asombro, la situación desde el 20 de noviembre de 1975 hasta hoy no sólo ha continuado, sino que se ha agravado: atentados, raptos, explosiones de Goma-2 y de ira popular, represión policiaca, contragolpes, extensión del área geográfica del problema... Y otra vez: «**¡esos vascos!, ¿qué querrán ahora? Una cosa era desestabilizar el franquismo y otra cosa es desestabilizar la democracia**», y juicios aún más cretinos como «**o ellos o nosotros**». Al coro reaccionario se unen ahora otras voces de gentes y dirigentes de partidos homologados como de izquierda marxista. Con el desconocimiento —por ignorancia lerdá, incapacidad de comprensión o voluntad de no enterarse— encubren

muchos políticos el verdadero núcleo de la cuestión: los vascos desean la autonomía, **su autonomía**, la recuperación de los antiguos fueros, el respeto a sus costumbres, la posibilidad de desarrollar e imponer su idioma y su cultura... Y para lograrlo, luchan ahora como lo hicieron antes, y si la situación no cambia, lucharán después como luchan ahora.

Y así, mientras ETA se diluye y desparrama en grupos de acción autónoma, empapando el cuerpo social del pueblo vasco, el **problema aumenta y se complica**. Desde su óptica nacionalista, no son ellos, todos los vascos, los que atacan la democracia, sino la democracia la que les ataca a ellos. Negar las especiales características históricas y políticas de esta situación y tratarla como el resultado de actos aislados de una minoría enloquecida, es afirmar un deseo velado de extirpación o eliminación de una voluntad que no es minoritaria, sino que goza en Euskadi del respaldo popular: la voluntad de conseguir su autonomía. Si el Gobierno y los partidos de ámbito estatal no afrontan este **problema** en profundidad, y no por la vía de la represión indiscriminada, el **antivasquismo** que ya se está filtrando en el resto de España, actuará como un *bumerang*, y su golpe de vuelta, puede convertir a mucha gente en aprendiz de racista, en provocador inconsciente de nuevos atentados y en cómplice de ideas de exterminio, de una imposible solución final.

José Agustín Goytisolo. Escritor, encuadrado entre los que fueron denominados *poetas industriales*. Entre sus obras destacan *Retorno* y *Del tiempo y del olvido*.